

1. EL NACIMIENTO DE LA FILOSOFÍA Y LOS PRIMEROS FILÓSOFOS. (PRESOCRÁTICOS)

La filosofía occidental comenzó a desarrollarse en las ciudades griegas durante los siglos VII y VI a. C., especialmente en las colonias de Jonia, situadas en la costa de Asia Menor. Su aparición no significa que los griegos fueran los primeros en razonar ni que otras civilizaciones careciesen de conocimientos. Pueblos como el egipcio o el babilónico habían alcanzado importantes logros matemáticos, astronómicos y médicos. La novedad griega consistió en buscar explicaciones racionales que pudieran ser discutidas y justificadas sin depender exclusivamente de la tradición religiosa.

Los primeros filósofos reciben el nombre de **presocráticos** porque desarrollaron su pensamiento antes de Sócrates o al margen de su influencia. A pesar de sus diferencias, compartieron un mismo interés: comprender racionalmente la naturaleza y descubrir el principio que explica su orden, su diversidad y sus transformaciones.

1.1. Contexto histórico

El nacimiento de la filosofía no se debió a una única causa, sino a la confluencia de diferentes transformaciones políticas, económicas y culturales. Una de las más importantes fue la aparición de la **polis**, la ciudad-Estado griega. Frente a las antiguas sociedades rurales y aristocráticas, en las que el poder estaba ligado al nacimiento y pertenecía a las familias nobles, la polis creó espacios en los que determinadas leyes y decisiones podían discutirse públicamente.

La filosofía puede considerarse, en este sentido, «hija de la polis». Entre los ciudadanos libres, el uso de la palabra adquirió una importancia fundamental. Participar en los asuntos públicos exigía exponer las propias ideas, escuchar las objeciones de los demás y justificar las decisiones mediante argumentos. El término griego *logos* expresa precisamente esta relación entre la razón y la palabra.

También fue importante la aparición del *nomos*, la ley establecida por la comunidad. Las leyes ya no se entendían únicamente como mandatos inalterables, sino como normas que podían ser examinadas y modificadas. Además, el conocimiento de las leyes de otras ciudades permitió comprobar que no todas las comunidades se organizaban de la misma manera.

Sin embargo, la participación política estaba reservada a una minoría. Las mujeres, los esclavos y los extranjeros quedaban excluidos de la ciudadanía. El trabajo productivo recaía principalmente sobre estos grupos, mientras que los ciudadanos disponían de *scholé*, es decir, de tiempo libre para intervenir en la vida política, educarse y dedicarse a la reflexión. Este «ocio» no significaba simplemente no hacer nada, sino quedar liberado de determinadas obligaciones materiales.

La expansión comercial y la fundación de colonias por el Mediterráneo y el mar Negro también favorecieron la aparición del pensamiento filosófico. Ciudades como Mileto, Éfeso o Samos se convirtieron en centros de intercambio económico y cultural. El contacto con otros pueblos permitió conocer creencias y costumbres diferentes y contribuyó a cuestionar aquello que dentro de la propia comunidad parecía natural o evidente.

El comercio y el uso de la moneda acostumbraron, además, a establecer relaciones abstractas entre objetos diferentes. La moneda permitía atribuir un valor común a mercancías muy diversas, mientras que la ley aplicaba una norma general a situaciones particulares. Por ello, puede decirse que la moneda y la ley fueron dos grandes abstracciones de la polis.

Por último, la religión griega no poseía un libro sagrado único ni una autoridad religiosa central encargada de imponer una interpretación obligatoria. Existían numerosos cultos, dioses y relatos, pero estos podían ser modificados y discutidos. Esto no significa que la filosofía sustituyera de repente a la religión, sino que las explicaciones tradicionales comenzaron a convivir con una nueva exigencia: ofrecer razones.

1.2. Paso del mito al logos

El nacimiento de la filosofía suele explicarse como el **paso del mito al logos**. Esta expresión no debe interpretarse como una sustitución repentina de la irracionalidad por la razón. Los mitos no desaparecieron y los primeros filósofos conservaron muchas de las preguntas formuladas por la tradición. Lo que cambió principalmente fue la manera de responderlas.

El mito era una narración tradicional que explicaba el origen del mundo, los fenómenos naturales, las instituciones y el lugar de los seres humanos en la realidad. Estas explicaciones recurrían habitualmente a dioses y fuerzas sobrenaturales con rasgos humanos. Una tormenta, una guerra o una mala cosecha podían atribuirse a la voluntad, la ira o los enfrentamientos de los dioses.

La autoridad del mito procedía fundamentalmente de la tradición. No necesitaba ser demostrado mediante argumentos, porque su valor dependía de haber sido transmitido y aceptado por la comunidad. Además, podían existir relatos diferentes, e incluso contradictorios, sobre un mismo acontecimiento.

El *logos*, en cambio, fue adquiriendo el sentido de una explicación razonada. Los primeros filósofos intentaron descubrir las causas de los fenómenos, la estructura de la realidad y los principios que regulan sus transformaciones. Sus explicaciones debían poder exponerse públicamente, examinarse y discutirse.

Por tanto, los primeros filósofos no abandonaron las grandes preguntas del pensamiento mítico. Continuaron preguntándose por el origen y el orden del mundo, pero comenzaron a buscar la respuesta en la propia naturaleza. Los dioses y las fuerzas personificadas fueron dejando paso a principios naturales e impersonales.

Entre mito y filosofía existe, por ello, tanto ruptura como continuidad. La filosofía nace cuando se plantea la posibilidad de explicar el orden del mundo a partir del propio mundo y mediante razones que cualquier persona pueda examinar.

1.3. El problema filosófico de la physis

Los griegos comenzaron a concebir la realidad como un *kósmos*, es decir, como un conjunto ordenado que podía ser comprendido. El término *physis* designaba la naturaleza,

pero también el principio interno por el que las cosas nacen, se desarrollan y se transforman. Investigar la *physis* significaba buscar aquello que explica el origen, la estructura y los cambios de todo lo que existe.

La observación muestra una realidad múltiple y cambiante. Las cosas nacen y desaparecen, adoptan formas diferentes y se transforman continuamente. Ante esta diversidad, los primeros filósofos se preguntaron si existía una realidad fundamental que permaneciese bajo todos esos cambios.

Este principio recibió el nombre de **arjé**. El arjé podía entenderse como el origen del que proceden las cosas, la materia de la que están compuestas o el principio que permite explicar sus transformaciones. La pregunta fundamental de los primeros filósofos fue, por tanto, **cuál es el arjé de la *physis***.

Los primeros en ofrecer una respuesta fueron los filósofos de Mileto. **Tales** sostuvo que el principio de todas las cosas era el agua. **Anaximandro** consideró que el origen no podía ser ninguno de los elementos conocidos y propuso el *ápeiron*, una realidad indeterminada e ilimitada. **Anaxímenes** identificó el arjé con el aire y explicó la formación de los distintos seres mediante procesos de condensación y rarefacción.

Las respuestas de los milesios pueden resultar ingenuas desde la perspectiva actual, pero su importancia no reside en haber acertado al identificar el principio de la realidad. Lo verdaderamente novedoso fue la pregunta que formularon y su intento de responderla mediante causas y procesos naturales.

Los **pitagóricos** introdujeron un planteamiento diferente. El principio que hace comprensible la realidad no tenía que ser necesariamente una materia como el agua o el aire. Las relaciones matemáticas descubiertas en la música les llevaron a pensar que las cosas poseen proporción, estructura y medida. Concibieron así el cosmos como una armonía ordenada mediante relaciones numéricas.

El pitagorismo mantuvo también una importante dimensión religiosa. Defendió la inmortalidad y la transmigración del alma y relacionó la vida filosófica con distintas prácticas de purificación. Su pensamiento muestra que, en este periodo, la investigación racional y las creencias religiosas todavía no constituían ámbitos completamente separados.

La búsqueda del arjé planteó dos problemas estrechamente relacionados. Por una parte, era necesario explicar cómo surge la multiplicidad a partir de un principio común. Por otra, había que comprender cómo puede cambiar la realidad sin dejar de conservar cierta unidad y permanencia. Esta última dificultad se convirtió en el centro del pensamiento de Heráclito y Parménides.

1.4. El problema del cambio: Heráclito y Parménides

Heráclito de Éfeso destacó el carácter dinámico de la realidad. La expresión «todo fluye» resume la idea general de que nada permanece exactamente igual. El ejemplo del río muestra esta concepción: no podemos bañarnos dos veces en el mismo río porque sus aguas cambian continuamente y también nosotros hemos cambiado.

Heráclito utilizó el fuego como símbolo de la naturaleza. Una llama conserva cierta identidad, pero existe gracias a una transformación constante de la materia que la alimenta. Del mismo modo, las cosas no son realidades completamente estáticas, sino procesos sometidos al devenir.

Este cambio no se produce de manera caótica. La naturaleza está gobernada por un *logos* común, una regla o medida universal que introduce orden en el devenir. La realidad se estructura mediante la oposición de contrarios: día y noche, frío y calor, vida y muerte. Los contrarios se enfrentan, pero también se necesitan y se definen mutuamente. La armonía no surge de eliminar el conflicto, sino de la tensión entre los opuestos.

Parménides de Elea adoptó una posición muy diferente. En lugar de partir de la experiencia sensible, se preguntó qué exige necesariamente la razón. Su reflexión comienza con una afirmación aparentemente sencilla: «lo que es, es; lo que no es, no es». El ser puede pensarse, mientras que el no-ser no puede existir ni convertirse en objeto del pensamiento.

Las consecuencias de este principio son radicales. Si el ser hubiese comenzado a existir, tendría que proceder del no-ser; y si desapareciese, tendría que convertirse en no-ser. Como ambas posibilidades son contradictorias, el ser debe ser eterno, ingénito e imperecedero. Tampoco puede dividirse o moverse, pues cualquier separación o desplazamiento exigiría admitir la existencia del vacío, es decir, del no-ser. El ser verdadero es, por tanto, único, continuo, indivisible e inmóvil.

Parménides distinguió dos caminos para el conocimiento. La vía de la *alétheia* o verdad sigue las exigencias de la razón y conduce al ser permanente. La vía de la *dóxa* u opinión se apoya en los sentidos y presenta un mundo múltiple y cambiante. Para Parménides, este mundo sensible no muestra la auténtica realidad.

No conviene reducir a Heráclito y Parménides a una oposición demasiado simple. Los dos intentan descubrir una estructura racional bajo las apariencias. Sin embargo, dejan planteado uno de los grandes problemas de la filosofía: cómo explicar conjuntamente el cambio que muestran los sentidos y la permanencia que parece exigir la razón.

Los filósofos pluralistas trataron de responder a este problema. **Empédocles** afirmó que la realidad está formada por cuatro elementos permanentes —tierra, agua, aire y fuego— que se unen y separan por la acción del Amor y la Discordia. **Anaxágoras** sostuvo que existen innumerables semillas y que una Inteligencia o *Nous* pone en orden el cosmos. **Leucipo y Demócrito** defendieron que todo está compuesto por átomos eternos e indivisibles que se desplazan por el vacío.

De esta manera, los pluralistas intentaron conciliar permanencia y cambio. Los componentes fundamentales no nacen, desaparecen ni se transforman internamente; lo que cambia son sus combinaciones. Las cosas surgen cuando esos elementos se unen y desaparecen cuando se separan.

2. SÓCRATES Y LOS SOFISTAS

Durante el siglo V a. C., el interés de la filosofía se desplazó progresivamente desde la naturaleza hacia los problemas humanos. Las cuestiones sobre el origen y la composición del cosmos no desaparecieron, pero adquirieron una importancia creciente la educación, las leyes, la justicia, la virtud y la organización de la vida política. Este cambio se conoce como el paso de la *physis* a la *polis*.

2.1. Contexto histórico

Atenas se convirtió durante el siglo V a. C. en uno de los principales centros políticos y culturales del mundo griego. El desarrollo de la democracia transformó la vida de la ciudad y también el tipo de educación que necesitaban los ciudadanos.

La democracia ateniense era directa. Los ciudadanos podían intervenir personalmente en la Asamblea, participar en los debates y ocupar distintos cargos. Dos conceptos expresaban este ideal político: la *isonomía*, o igualdad ante la ley, y la *isegoría*, o igualdad en el derecho a tomar públicamente la palabra. Sin embargo, esta igualdad estaba reservada a los varones libres nacidos de padres atenienses. Las mujeres, los esclavos y los extranjeros permanecían excluidos.

En este nuevo contexto cambió también el significado de la *areté*, la excelencia. En la antigua sociedad aristocrática se relacionaba con el nacimiento y con las cualidades del guerrero. En la democracia, en cambio, adquirieron mayor importancia la capacidad para hablar en público, construir argumentos, interpretar las leyes y persuadir a los demás.

La *paideía*, la educación del ciudadano, se convirtió así en una cuestión fundamental. Quien quisiera intervenir con éxito en la política debía aprender a defender sus intereses y posiciones mediante la palabra. Esta necesidad explica la aparición de los sofistas y la importancia alcanzada por la retórica.

La vida política ateniense estuvo marcada, además, por una profunda crisis. La Guerra del Peloponeso enfrentó durante décadas a Atenas y Esparta y terminó en el año 404 a. C. con la derrota ateniense. Después se instauró el gobierno oligárquico de los Treinta Tiranos, al que siguió la restauración de la democracia. Los debates de sofistas y Sócrates se produjeron, por tanto, en una ciudad atravesada por la guerra, la inestabilidad y la desconfianza política.

2.2. Los sofistas

Los sofistas fueron maestros profesionales, frecuentemente extranjeros e itinerantes, que ofrecían educación a cambio de dinero. No formaron una escuela con una doctrina común, pero compartieron el interés por el lenguaje, las leyes, la moral, la educación y la política. Su enseñanza respondía a las necesidades de la democracia. Puesto que las decisiones dependían en buena medida del debate público, los ciudadanos necesitaban aprender a construir discursos convincentes. La retórica, entendida como el arte de persuadir mediante la palabra, se convirtió en uno de los principales contenidos de la educación sofística.

Esta importancia de la persuasión planteaba una dificultad. Un discurso convincente no tiene por qué ser verdadero, del mismo modo que una afirmación verdadera puede resultar poco persuasiva. Los sofistas pusieron así de manifiesto la tensión existente entre tener razón y ser capaz de convencer a los demás.

Otro de sus problemas fundamentales fue la oposición entre *physis* y *nomos*. La *physis* representa lo que existe por naturaleza, mientras que el *nomos* comprende las leyes, normas y costumbres establecidas por los seres humanos. El conocimiento de diferentes ciudades permitía comprobar que aquello que una comunidad consideraba justo podía ser rechazado por otra. Muchas normas podían entenderse, por tanto, como convenciones humanas y no como principios naturales e inmutables.

Protágoras expresó esta posición mediante la afirmación «el ser humano es la medida de todas las cosas». Su pensamiento representa una forma de relativismo: conocemos la realidad desde nuestra propia perspectiva y no resulta sencillo separar lo que algo es de la manera en que se presenta a cada sujeto.

El relativismo de Protágoras no implica necesariamente que todas las opiniones sean igual de convenientes. Una creencia puede ser más útil o beneficiosa que otra, y la educación puede ayudar a sustituir una opinión por otra mejor. La dificultad consiste en determinar qué criterio permite establecer esa superioridad si no disponemos de una verdad absolutamente independiente de toda perspectiva.

Gorgias centró su atención en el poder del lenguaje. La palabra puede provocar miedo, compasión, entusiasmo o convencimiento y, de este modo, modificar las creencias y decisiones de quienes escuchan. El discurso posee una capacidad persuasiva que no depende necesariamente de su verdad.

En su obra *Sobre el no-ser*, Gorgias lleva esta dificultad hasta el extremo: aunque algo existiera, podría no ser conocido; y, aunque pudiera conocerse, todavía quedaría por explicar cómo comunicar ese conocimiento a otra persona. Sus argumentos muestran la distancia que puede existir entre la realidad, el pensamiento y el lenguaje.

Los sofistas no deben reducirse a simples manipuladores de la palabra. Su reflexión contribuyó a descubrir el carácter convencional de muchas normas, la diversidad de perspectivas y el poder político del lenguaje. Al mismo tiempo, dejaron planteado un problema decisivo: cómo distinguir lo verdadero y lo justo de aquello que únicamente resulta persuasivo.

2.3. Sócrates

Sócrates nació en Atenas en el año 469 a. C. y compartió con los sofistas el interés por la educación, la virtud, la justicia y la política. Conversaba con ciudadanos y maestros en los espacios públicos de la ciudad, por lo que algunos de sus contemporáneos tuvieron dificultades para distinguirlo de ellos. Sin embargo, su manera de entender la filosofía era diferente.

Sócrates no cobraba por conversar ni se presentaba como poseedor de un saber. Tampoco redactó ninguna obra, de modo que conocemos su pensamiento principalmente a través

de los escritos de Platón y de otros autores. Frente al relativismo, sostuvo que conceptos como el bien, la justicia o la virtud podían investigarse racionalmente.

Su interés se dirigió hacia el *éthos*, es decir, el carácter, las costumbres y la manera de vivir. En lugar de preguntarse principalmente por la composición de la naturaleza, Sócrates planteaba preguntas como «¿qué es la justicia?», «¿qué es la virtud?» o «¿qué es el valor?».

La forma de estas preguntas resulta fundamental. Sócrates no buscaba una lista de acciones justas o valientes, sino aquello que todas ellas tienen en común. Su propósito era alcanzar una definición universal que permitiera juzgar racionalmente los casos particulares. Si podemos descubrir qué es la justicia, entonces no todo depende de lo que cada persona o cada ciudad considere justo.

La filosofía socrática adoptó la forma del diálogo. Sócrates comenzaba habitualmente reconociendo su propia ignorancia y pedía a alguien que aparentemente sabía que definiese aquello de lo que hablaba. Esta actitud recibe el nombre de **ironía socrática**.

A continuación, examinaba la respuesta mediante preguntas, extraía sus consecuencias y presentaba contraejemplos. Este procedimiento, llamado **refutación** o *élenchos*, permitía mostrar las contradicciones o insuficiencias de una definición. Su finalidad no era simplemente derrotar al interlocutor, sino ayudarlo a comprender que creer que sabe no equivale a saber. El reconocimiento de la propia ignorancia constituye el comienzo de la investigación.

La tradición denomina **mayéutica** al aspecto constructivo de este diálogo. Del mismo modo que una comadrona ayuda a dar a luz, Sócrates pretende ayudar a su interlocutor a examinar sus propias ideas y aproximarse por sí mismo a una definición mejor. El maestro no transmite una respuesta terminada, sino que orienta la búsqueda mediante preguntas.

La reflexión de Sócrates tenía una finalidad práctica: descubrir cómo debemos vivir. Su posición se conoce como **intelectualismo moral** porque establece una estrecha relación entre virtud y conocimiento. Del mismo modo que un buen médico necesita conocer la medicina, para actuar justamente es necesario conocer qué es la justicia.

Según Sócrates, quien conoce verdaderamente el bien actúa conforme a él. Quien obra mal lo hace por ignorancia, porque confunde el bien auténtico con algo que únicamente parece beneficioso. Por eso afirma que nadie obra mal a sabiendas. Si una persona comprendiera realmente qué es el bien y qué consecuencias tiene una acción injusta, no podría considerarla conveniente para sí misma.

Cometer una injusticia perjudica, en primer lugar, a quien la realiza, porque deteriora su alma y su carácter. La filosofía es, por ello, una forma de cuidado de uno mismo. No consiste únicamente en adquirir conocimientos, sino en examinar las propias creencias y la manera en que se vive.

En el año 399 a. C., Sócrates fue acusado de no respetar a los dioses de la ciudad, introducir nuevas divinidades y corromper a los jóvenes. Fue declarado culpable y condenado a muerte. Su juicio debe situarse en el clima de crisis y desconfianza que vivía Atenas después de la Guerra del Peloponeso y del gobierno de los Treinta Tiranos.

La condena de Sócrates mostró una de las tensiones de la propia democracia. La palabra y la deliberación permiten adoptar decisiones colectivas, pero la capacidad de persuadir a una mayoría no garantiza que la decisión alcanzada sea verdadera o justa. Quedaba así planteada una cuestión que será fundamental para Platón: si una mayoría puede ser convencida para cometer una injusticia, ¿basta su decisión para convertirla en justa?